

Franz Kafka o el habitante de los sótanos*

A Cecilia Roth, Beda do Campo Feijoo y Jorge Marrale

Dentro del infinito mundo de Franz Kafka, quien mejor nos va aproximando a su realidad más definitiva es, junto a sus *Diarios*, su prolífica (a veces febril) actividad epistolar. Y es justamente en este espacio donde —como una prolongación de su *sí es no* metafísico, como en un inacabable juego kafkiano— las novedades se suceden implacablemente. Sabemos que la guerra (las guerras), las persecuciones, las vicisitudes políticas de los regímenes gobernantes, los intereses creados y la estupidez implícita al drama humano han creado un vacío de información alrededor de este enorme contemporáneo de nuestras propias vidas, destruyendo testimonios y testigos, desvaneciendo indicios, extraviando papeles. No obstante, existía ya un buen cúmulo de cartas que cubrían 20 años de la vida del escritor. Max Brod, su gran amigo y albacea por decreto —aunque siempre he pensado que no hizo más que responder a los deseos más auténticos y secretos de Kafka: «Sería bueno que pudieras hablar con Meyer, me ha dicho varias veces que quería hacer de una de tus novelas un éxito sensacional. Yo me encargaré personalmente de llevar tu causa a buen fin»— no dudó en usar dichas cartas en su famosa y prójima biografía. De su adolescencia se ha salvado un poco de la correspondencia apasionada con su condiscípulo Oskar Pollack y poco después con una muchacha, Hedwige W. (a la que conoció durante un viaje a Moravia en 1907,

primer síntoma de sus tormentosas aproximaciones al mundo femenino). Con posterioridad, lo esencial está constituido por sus cartas a Brod, a Félix Weltech (filósofo, amigo común de Brod y Kafka, redactor jefe del semanario sionista de Praga *Selbstwehr, Autodefensa*), a Oskar Baum (escritor praguense), sus amigos de toda la vida. Después a Robert Klopstock, estudiante en medicina, posteriormente neumólogo famoso, al que Kafka conoció durante su estancia en Tatra por motivos de salud y amigo y mentor del gran escritor en los tiempos en que la enfermedad de éste empeoraba cada vez más. Klopstock estuvo junto a Dora Dymant, la última prometida de Kafka, en los momentos finales y fue un desesperado testigo de esa muerte compartida. Naturalmente, claro, sus cartas a Milena. En 1981 escribe Maurice Blanchot: «No poseemos casi nada de las cartas que intercambié con su familia».

Hoy, en 1990 (*Briefe an die Eltern aus den Jahren 1922-1924*, editado en Praga por Odeon; edición española de abril de 1992, con traducción de Andrés Sánchez Pascual y editado por Tempestad, Barcelona) podemos tener a nuestro alcance estas cartas a sus padres escritas en sus últimos dos años de vida y que llegan a conmover hasta las lágrimas, tanto por su doloroso recorrido como por su desnudez implacable y minuciosa, por su pudor permanente, por su obsesiva angustia material, por su maldad humana, por esa vida que nunca le fue dada y por lo que suma de información a lo ya conocido.

Es realmente difícil escapar de ese cerco sombrío donde uno de los hombres más geniales y más lúcidos de este siglo, se debate entre el precio de la mantequilla y el terco amor de sobrevivencia, entre una esperanza que siempre se disuelve y la progresiva llegada de un final que nunca termina de dibujarse.

El material de este impresionante testimonio comprende nueve cartas, veintidós tarjetas y una postal y representa un fragmento más de la correspondencia de Kafka con sus padres y también, mediante posdatas añadidas a esos mismos textos, con otros miembros de la familia. Todas ellas corresponden, como he dicho, a sus dos últimos años de vida. La primera carta fue escrita en julio

* Recorrido y reflexiones a raíz de la publicación de: Cartas a los padres (De los años 1922-1924). Ediciones de la Tempestad, 152 páginas. Barcelona, 1992.

de 1922 en Planá nad Luznici, ciudad del sur de Bohemia; la última en Kierling, poco antes de su muerte, quizás el día anterior. Años tan poco documentados en la literatura de Kafka vienen así a ser parcialmente iluminados por estas epístolas. Una carta a los padres incluida en este hallazgo praguense documenta la estancia de tres meses de Kafka en Planá nad Luznici, que duró desde el 23 de junio hasta el 19 de septiembre de 1922. Kafka vivió allí con su hermana Ottla, quien, siempre solidaria con su hermano más entrañable, cede su habitación matrimonial para que los ruidos no perturben a Franz. En Planá, Kafka escribe la continuación de *El Castillo* en un estado de plena realización eufórica (puntualiza en su diario: «Todo bien, gracias a Ottla») aunque a finales de agosto decide interrumpir su escritura. La causa parece ser lo que el mismo Kafka llamaba «colapsos». El primer motivo fue el ruido que los niños hacían jugando bajo su ventana: «A nosotros nos va muy bien. Ottla ha salido a dar un paseo con Vera, ella (o sea, Ottla) dice varias veces al día que va a escribir, pero lo que ocurre es que ella es el ama de casa, y claro, cómo va a escribir si tiene en una mano el puchero, en la otra los pañales, en la tercera los caramelos para los niños, a los que se ve obligada a halagar, a suplicar, a reñir para que se vayan del sitio donde juegan bajo mi ventana». Mansa, cuidadosa explicación —como todo lo que comenta a sus padres— de esos «colapsos» (auténticos ataques de angustia y desesperación) que quizá tengan mejor cercanía en estas palabras: «Pues, como he visto esta mañana antes de asearme, desde hace dos años estoy desesperado y sólo el límite más o menos cercano de esa desesperación determina mi humor del momento» (1908) o, más adelante, esta visceral onomatopeya: «En los campos, fuera de la locura de mi cabeza y de mis noches. Ah, qué ser soy, qué ser soy. La atormento y me atormento, hasta la muerte» (1916) o aquello otro: «No puedo hablar de lo esencial; incluso para mí, está encerrado en la oscuridad de mi pecho: ahí se mantiene junto a la enfermedad, en el mismo lecho común». En carta a Oskar Baum del 5 de julio de 1922 escribe Kafka: «El acto de escribir sostiene el tipo de vida que estoy viviendo sobre un suelo inestable o inexistente, por encima de una oscuridad de la que emergen los poderes oscuros cuando quieren, asolando mi existencia y sin prestar la menor atención a mi tartamudeo». Único medio de mantener a raya

la locura, escribir era «una dulce, maravillosa recompensa, pero ¿para qué?» o, en la misma carta: «He seguido siendo arcilla, no he usado las chispas para encender el fuego, sino únicamente para iluminar mi cadáver». Lo cierto es que Kafka, informado, además, del regreso de Ottla a Praga, interrumpe la redacción de *El Castillo* («He tenido que abandonar el relato del castillo; evidentemente, para siempre»). Es justamente en *El Castillo* donde la obsesión de Kafka por tener un lugar de residencia —auténtico trágico de la voluntad—, en colonizar un espacio propio, en desafiar al mismo Dios en esa eterna búsqueda de reposo, se hace atormentadamente patética. Asediar el castillo prohibido y enfrentar minuto a minuto lo inconquistable es para Kafka su única posibilidad de contactar con el Absoluto, ese objetivo siempre sordo a su necesidad, esa necesidad urgente de una significación unívoca siempre postergada. En estos dos últimos años de su vida la gravedad de la enfermedad ensombrece todas las actividades de Kafka. Otra vez más Franz volvía a depender de los demás, esencialmente de su familia. Aunque guardaba cama la mayor parte del tiempo, a final de año no estaba tan enfermo como para impedirle recibir las clases regulares de hebreo que le daba una muchacha palestina de diecinueve años, Puah Bentovim, que iba a su casa varias veces por semana y le hablaba de Palestina. El invierno 1922-23 se convirtió para él en una verdadera calamidad, constantemente asediado por los brotes febriles y por el insomnio, que le empujaban al «colapso» físico y moral. Ya desprendido de Praga por su profesión, proyecta llevar a cabo «un cambio totalmente radical»: en carta a Ottla de marzo de 1923 le comunica que ha decidido emigrar a Palestina. Durante el ocio forzoso de su enfermedad Kafka lee gran cantidad de libros, especialmente de autores judíos, sionistas, con el objeto de fortalecer su «sentimiento de pertenencia al pueblo judío». En la primera de las cartas del libro que nos ocupa, 26-27 de julio de 1922, ya pide a su hermana —junto a las obras de Schiller, las epístolas de Goethe o la autobiografía de Gorki— los *Diarios de Herzl* (cuyo primer volumen acaba de aparecer) y *La Historia de los judíos* de Dubnow. Como puede verse en sus cartas a Milena, las ideas sionistas le estaban afectando profundamente por entonces. El antisemitismo creciente en la vida cotidiana de Praga le había hecho germinar la idea del exilio: «Me pasé la tarde en la calle,

bañándome en el antisemitismo popular. Hace poco oí decir que los judíos eran una *turba inmunda*. ¿No es natural que uno se vaya de donde es tan odiado? No hace falta para eso ni el sionismo ni el sentimiento nacional. El heroísmo de los que a pesar de todo se quedan es el de las cucarachas, que tampoco pueden extirparse del cuarto de baño». Sus estudios de hebreo, a los que se dedicó regularmente durante la primera mitad de 1923, demuestran hasta qué punto sus intenciones eran reales. Un hecho «inverosímil» posterga estas reacciones por un tiempo. Durante las vacaciones de verano en el balneario báltico de Müritz, junto a su hermana Elli y familia, conoce a una joven judía del este de Europa, residente en Berlín, Dora Dymant, y sus proyectos de viajar a Palestina «en octubre» quedan aplazados. Poco después escribe a Klopstock: «A la vista de las posibilidades existentes en Berlín, la emigración no es tan urgente». Kafka, buceador insaciable de una vida apacible, veía en Palestina la posibilidad de un nuevo estilo de convivencia en el seno de una amplia vida comunitaria. No se trataba sólo de una franja de tierra para los judíos perseguidos (ideal sionista) sino como punto culminante de una nueva y antigua ilusión: sentirse integrado. Luchaba contra su propio diagnóstico: «La soledad es mi gran tentación y mi única meta», escribía a Max Brod. La integración en una nueva comunidad, en un matrimonio viable, en una literatura válida, eran sus expectativas más acariciadas. Su encuentro con Dora hace surgir nuevamente «el mito del matrimonio» y escribe a Milena (sin mencionar a Dora): «Empecé a plantearme la posibilidad de trasladarme a Berlín. Esta posibilidad no era entonces mucho más real que la de emigrar a Palestina, pero luego ha llegado a serlo en mayor grado. De todos modos, vivir solo en Berlín me es, por cierto, imposible, en todos los sentidos, y no sólo en Berlín, sino en cualquier parte. También a este respecto he encontrado en Müritz una ayuda prodigiosa». Dora era una atractiva muchacha morena de diecinueve años que trabajaba como voluntaria en la cocina, donde Franz la vio por primera vez descamando pescado y, quizá recordando sus instintos vegetarianos, le dijo: «¡Manos tan suaves y labor tan sanguinaria!». Dora, buena estudiante de hebreo, hizo que Franz se interesara en ella y culminó uno de los primeros encuentros leyéndole a Isaías en dicha lengua. Había abandonado el hogar paterno po-

laco (su padre era un judío polaco ortodoxo, seguidor del rabino jasídico de Gera) y se había buscado trabajo en un orfanato judío de Berlín antes de desplazarse a Müritz para trabajar en el campamento.

En su primera carta desde Berlín del libro que nos ocupa (n.º 2), carta que, como sabemos, está dirigida a sus padres, como las restantes, Franz no menciona para nada a Dora y sólo habla del dinero —que comenzará a transformarse en su idea obsesiva y que en su segunda carta desde Berlín (n.º 3) se hará patética— con su típica ironía («Repito lo que os dije en mi tarjeta de ayer... padezco verdaderamente de abundancia de dinero y estoy pensando muy en serio si no debería acaso ir alguna vez al cine»). Dora Dymant siempre será difícilmente aceptada por los padres de Kafka a raíz de sus relaciones prematrimoniales, y en su rechazo estos llegan, incluso, a culpabilizarla por la enfermedad de Franz. Lo cierto es que el proyecto de usar Berlín como pasarela hacia Palestina subsistía tanto en Dora como en Franz. En agosto Kafka pide a Brod los *Tefilim* (filacterias usadas por los judíos ortodoxos para las oraciones matutinas de todos los días menos el sábado) y a sus padres el devocionario hebreo. Berlín, en todo caso, significaba una nueva «energía vital», quizás alimentada desde dos vertientes posibles: una nueva pareja y la lejanía de la vida familiar paterna. Las dos intenciones anteriores de vivir en Berlín habían sido frustradas por la primera guerra mundial (1914) y el surgimiento de su enfermedad (1917). Esta tercera vez parecía la vencida y Berlín volvía a ser «el remedio eficaz contra Praga».

En el lugar donde esto escribo tengo frente a mí un *poster* con los ojos de Kafka mirando Praga, el fondo es su caligrafía y una frase bajo la ciudad dice: «Praga no me dejará... La pequeña madre tiene garfios». Esa Praga es la que desde su ilusión berlinesa adquiriría contornos siniestros. Brod mismo —que tenía en Berlín una relación amorosa y que le había hecho jugar con la idea de emigrar, tal como Kafka— le escribía: «En Berlín se triunfa (...) Lo que tienes que hacer es romper el hechizo de Praga. Anímate». La respuesta de Franz fue evidente: «¿Crees acaso que al leer tu carta no ha ardidido mi corazón?». Dice Brod en su biografía: «Su decisión de romper de una vez por todas con sus ataduras, irse a Berlín y vivir allí con Dora, era irrevocable, y esta vez la llevó a cabo sin contemplaciones de ningún tipo. A fines de